

LA CRUZADA

PERIÓDICO DE POLÍTICA, ADMINISTRACIÓN, MILICIA Y LETRAS

Oficinas: Cerrito 230
Salé los días 2, 12 y 22

Redactor en Jefe: MANUEL BERNÁRDEZ

Suscripción... \$ 0.50
En campaña... » 0.60

AÑO I

MONTEVIDEO, 12 DE AGOSTO DE 1896

NÚM. 11

MARINA DE GUERRA

EL PROYECTO DE ESCUELA NAVAL

Surgió el ambula!

La prensa ha dado cuenta con aplauso de un interesante proyecto que sobre creación de una Escuela Naval ha sometido á consideración del Superior Gobierno el jefe de nuestra escuadrilla, comandante don Jorge V. Bayley, y ha dado constancia de que dicha idea encontró en el Poder Ejecutivo favorable acogida.

El plan del comandante Bayley se desenvuelve discretamente, en condiciones de modestia que conciden con el estado de nuestra incipiente marina de guerra. No cabrían programas altisonantes ni costosos planteos cuando el personal técnico que se propone formar lo será para buques que aun están por salir de los arsenales, y cuyos mástiles puede que estén todavía en los bosques cantándose unos á otros esa música triste de los pinos que han explotado escandalosamente los poetas.

Establece el proyecto que los alumnos serán quince para el primer año. Son bastantes. Diez se tomarán de la escuadrilla y los otros cinco entrarán por concurso público. Perfectamente.

El personal está así mismo en relación con estas sanas tendencias de modestia y economía. Lo componen un director, oficial de la Armada, — un sub-director, profesor de náutica, — dos profesores más y un mayordomo.

El curso completo durará cuatro años. Los alumnos tendrán seis horas diarias de clase. Y una vez aprobados en los cuatro cursos recibirán el grado de subteniente y pasarán á practicar en la Armada.

Estas son las noticias concretas que ha dado la prensa en orden á la estructura orgánica de la Escuela. Con respecto á su plan de estudios no hay base para abrir juicio, porque sin duda son deficientes las noticias recojidas por los diarios. Se dice que el curso del primer año sería: Gramática, Geografía Física y Nacional, Aritmética, Álgebra hasta ecuaciones de 2.º grado, Geometría, Ordenanzas de la Armada, y Esgrima. Por un lado faltan, á nuestro juicio, en ese conjunto, materias indispensables, y otras llevan un desarrollo tal vez recargado para un año, — como el Álgebra, por ejemplo. Para juzgar el programa será preciso conocer el de los cuatro años, á fin de estimar como es debido su progresión lógica y la elección de las materias que comprende, entre las cuales no podrá faltar Balística, y será conveniente á nuestro juicio Constitución é Historia de la República y un curso compendiado de Historia Naval Militar.

Todos estos son detalles que la organización definitiva ha de encuadrar en las conveniencias positivas de la

institución. Su estudio es prematuro, por lo tanto. Pero lo que no es prematuro es apoyar decididamente este proyecto, que viene á proponer la fórmula sencilla y práctica de atender una verdadera exigencia nacional. Somos un país marítimo y nos empacamos en la tierra firme. En casa del herrero cuchillo de palo. Todos los días estamos diciendo que Montevideo es la llave del Río de la Plata, hablando de nuestras costas de mar, de nuestro estenso, rico... é indefenso litoral, y nos encrespamos en cuanto se habla de arbitrar la manera de custodiar todo eso, de garantizar todas esas costas, esos puertos y los grandísimos intereses que por ellos circulan, contra cualquier eventualidad. De 1800 kilómetros de perímetro que tiene la República sólo son de frontera terrestre 330. Lo demás es costa, sea de mar, sea de río, pero costa al fin, y costa en su mayor parte de aguas navegables. Y sin embargo, tenemos capitanes de marina que han sido tenientes de caballería, y por la Capitanía General de Puertos han desfilado uniformes de todas las armas del ejército de tierra. Más de un marino, actualmente saturado de salitre y hecho ya á los corcobos de las olas, habrá pasado en los comienzos por tremendas fatigas para redomonear, no ya un barco grande, sino cualquier botecito cosquilloso, y se le habrá hecho difícil embarcarse por estribor, que viene á ser en términos camperos el lado de enlazar, por donde nadie monta. De paso diremos que no hemos sido solos en estas confusiones peregrinas — la Argentina ha sabido también con frecuencia horquetar sobre el lomo de sus barcos de guerra oficiales de caballería, faltándole, como á nosotros, ginetes de mar.

Sin embargo, no comparemos. La Argentina ha hecho sacrificios nacionales y esfuerzos constantes para dar á su Marina de Guerra la importancia que reclama. Y nosotros nos hemos quedado como siempre, prontos para irnos á Puerto Rico en un cascarón de nuez, — creyendo que, como somos tan chiquitos, cabremos todos en él.

La reacción se impone, y se impone vigorosa, para igualar á la vieja inacción. Y sus comienzos serán saludables si empezamos por preparar personal, que requiere algunos años para hallarse apto, mientras que la adquisición de buques es de momento, — de oportunidad económica ó de exigencias de otra naturaleza. Pero es rápida. Puede hacerse ahora si se juzga conveniente, ó dentro de un año, ó dentro de dos. Pero la gente no se improvisa. La organización de la Armada, de una manera seria y científica, que preste eficaces servicios al comercio y garantice en todo tiempo y lugar la integridad de nuestra soberanía, á la vez que sea digna de pasear el pabellón nacional por los puertos extranjeros á donde lo lleven las amistades ó la cortesía internacional, es cosa á que hay que llegar. Es la Marina de guerra lo que más evidente hace ante el criterio exterior la potencia efectiva de una nación; y su influencia en el desarrollo de la marina mercante es un hecho universalmente comprobado. El país de

Armada más fuerte es el de mayor marina mercante, tanto en Europa como en América. He aquí un interesante estudio comparativo que á este respecto hacía hace algún tiempo un discreto escritor y distinguido marino nacional: En Europa, Inglaterra, con 554 buques de guerra, posee 15.248 mercantes, y siguiendo una escala descendente se encuentra á España con 135 buques de guerra y 1718 mercantes. En Sud América, el Brasil tiene 68 buques de guerra, y 426 mercantes, Chile 45 de aquéllos y 200 de éstos, y la Argentina 43 y 175, y nosotros, con nuestra lacónica Escuadrilla apenas tenemos 61 buques de comercio, los cuales son casi todos de cabotaje.

¿Puede vivir la República, pregunta el citado escritor, sin el comercio marítimo? No. Por consiguiente, debemos buscar los medios de protegerlo, para que tome el impulso que nos colocará en primera línea entre las naciones del continente. Está fuera de duda que la marina comercial se halla estrechamente ligada con la de guerra, porque ésta tiene la misión de velar por aquélla, dispensándole su eficaz protección. Tenemos un ejemplo muy evidente en lo que pasa en nuestro país, donde la marina mercante nacional no cuenta más que con un reducido número de buques, pues hasta la gran mayoría de los que navegan por aguas exclusivamente orientales, se hallan cubiertos por el pabellón extranjero. Esto es muy claro: ¿qué protección puede esperar el comercio de quien no tiene elementos para defenderse á sí mismo?

Está probado que los pueblos que han sabido apoderarse del dominio del mar, sobrepasaron á todos los demás en poder, riqueza y civilización. Los holandeses del siglo XV, con un pequeñísimo territorio en el continente europeo, se hicieron dueños del comercio marítimo cuando lanzaron al mar sus invencibles urcas coronadas de cañones. Los portugueses y los españoles, con su poder naval, fueron los dominadores del orbe y los grandes factores de la civilización. La Inglaterra de nuestros días, con su formidable marina de guerra, posee la más vasta marina comercial, según queda demostrado con las anteriores cifras estadísticas.

La organización de la fuerza marítima es pues para nosotros una cuestión muy seria y de todo punto digna de llamar sobre sí la atención de gobiernos previsores, que no vivan al día y quieran sinceramente dejar detrás de su paso por el Poder obras que sirvan á los intereses permanentes de la nación.

El Gobierno presente ha demostrado que es de esta manera, abordando empresas de lenta realización, que no verá concluidas, que tendrán que ser continuadas por otros, á los cuales acaso corresponderá toda la gloria, — pero cuyo beneficio será en definitiva para el país. Y ese debe ser el objetivo supremo de los Gobiernos patriotas.

Aquí terminaríamos estos rápidos apuntes sobre una iniciativa que no puede ni debe caer en el limbo de las carpetas ministeriales. Pero no queremos dejar de completar nuestras observaciones con una que desde que empezamos á escribir venimos postergando, deseando ponerla y temiendo que se crea que ella complicaría el importante proyecto que deseamos ver cuanto antes puesto en planta. Pero no. No se creará, por que todo puede hacerse armónica y frugalmente, con solo decisión patriótica y buena voluntad.

Queremos referirnos á una ampliación de la enseñanza marina, sin la cual el personal de la Armada quedaría, en nuestro sentir, incompleto: y es la Escuela de Grumetes, tan exigida por la naturaleza del servicio de mar como la que se proyecta con objeto de formar oficiales. No incurramos en el error que se cometió ya con respecto al ejército de tierra, fundando un colegio para oficiales y olvidando hasta ahora la imperiosísima necesidad de formar en escuela los cabos y los sargentos, resortes principales é indispensables de la organización, la disciplina, y la moralidad del ejército.

No habría necesidad de fundar un instituto especial. La Escuela de Grumetes podría ser una sección de la Escuela Naval. Y tendríamos entonces verdaderos marineros, elemento capaz y preparado para llenar, después de una buena práctica, las vacantes de las clases en la tropa de mar.

Con esta ampliación y con una organización pronta y prudente, el Gobierno, fundando la Escuela Naval podrá afirmar que ha cumplido un importante deber de su resorte y que ha rendido un valioso servicio á grandes intereses, relacionados á la vez con el prestigio exterior de la bandera, con la expansión y seguridad del comercio marítimo y con la custodia de la soberanía nacional.

POLÍTICA

ESTÁ PRÓXIMO EL PARTO DE LOS MONTES?

*
Después que con bramidos espantosos
Infundieron pavor á los mortales,
Estos montes que al mundo estremecieron
Un ratoncito fué lo que parieron. *

Salvo los respetos debidos, ha operado el Consistorio Blanco un reconocimiento no menos concienzudo y previsor para elegir los miembros del nuevo Directorio que el que emplea el Sacro Colegio para la elección de Sumo Pontífice. Los querían infalibles y tantearon de todos modos sus disposiciones antes de pronunciar el litúrgico *Papam habemus!* Algunos ciudadanos cosquillosos no se dejaron tantear la opinión y renunciaron apenas elegidos. Fué un trabajo complicado y abstruso. Los electores, en su mayoría jóvenes precoces, quisieron blasonar de teruterios y precabidos. Y por poco dejan al Partido sin cabeza, teniendo al cabo que contentarse con lo que había disponible.

No nos resolvemos sin embargo á atribuir del todo á estas previsoras prácticas de los noveles electores las renunciaciones acaecidas. Más bien nos parecen inspiradas en un desacuerdo harto lógico con las tendencias radicales de la fracción blanca que, voceando en la prensa y en la tribuna de ciertos clubs donde echan todos los dientes, menos la muela del juicio, ciertos belicosos libertadores, pretende hacer andar al compás de su sonata guerrera á todo el Partido Blanco, donde hay hombres de experiencia y de criterio maduro, que, con los fuertes núcleos que su autoridad forma, desaprueban y repudian en absoluto la doctrina anarquista de los ardientes volteadores, que se pierden de vista, abusando del tropo, en un flujo de retóricas incendiarias.

Esta divergencia, evidente y profunda, nuevo y grave síntoma de la descomposición en que el estancamiento

abstencionista tiene al Partido Blanco, es sin duda la causa principal de la significativa renuncia con que hombres como el doctor Juan Gil, de austera altivez y de no común autoridad, han contestado al nombramiento de miembros del Directorio.

No están conformes los hombres de carácter sereno y equilibrado criterio con esa actitud fiera y hostil á todo lo existente, que nada motiva ni justifica, más aun, que nada disculpa; no están conformes con el extremo imprudente y condenable de la lucha armada que la fracción anarquista, directora pretensa del Partido Blanco predica sin recato, á la sombra de las garantías que le acuerda el Partido enemigo: no están conformes con la procacidad frenética que intenta consagrarse como arma política, esgrimiéndose á nombre de un Partido que debe redimir por la prudencia y el acatamiento á las leyes sus grandes errores, y no agravarlos, si quiere hacerse digno de la vida democrática y de la civilización que hoy su prensa bravia ofende y niega; no están conformes con ese delirio de destruir, de romper, de voltear, de aniquilarlo todo, sin ofrecer, ni en los hombres que presentan ni en los principios que encarnan, la presunción siquiera de que lo harían mejor si les llegase el turno, — de que trabajarían con más eficacia y mayor buena fé en beneficio de la república; no están conformes con esa resurrección inclemente de viejos odios protervos; no están conformes con esos extravíos, con esas violencias teóricas é irreflexivas, los hombres de patriotismo y de cordura del Partido Blanco; y por eso renuncian; por que no quieren hacerse cómplices de intenciones locas y estériles, cuya responsabilidad, siempre penosa y condenable, debe recaer toda entera, con sus consecuencias, ya sean ridículas ó trágicas, sobre la testa de sus desatentados instigadores.

Por eso han renunciado los hombres prudentes nombrados, y por eso otros muchos, vistos particularmente, negaron sus nombres para decorar patrioterías sin bandera. Ya no somos nosotros, — ya son ellos mismos, los que aun conservan en sus filas serenidad y honesto patriotismo, quienes se apartan con disgusto de esa corriente sin cauce y la dejan pasar, pensando que tanto puede correr á estrellarse y deshacerse contra la roca firme de la autoridad legal, que ya no se conmueve con turbonadas, como ir á perderse en la rivera triste de una impopularidad lógica y merecida.

Cualquiera de los dos epílogos de esa aborrecida y novelesca acción, será preferible á su persistencia, siempre molesta y perturbadora en medio á la tranquila y moderada actividad social.

Será, al fin y al cabo, un bien positivo para la República el desengaño de esa tendencia estrepitosa que desde Buenos Aires y la Plata ha estado perennemente y durante años enteros vibrando amagos é inquietudes sobre la patria, cansada de locuras, sedienta de sosiego, de trabajo, de bienestar, frutos benditos de los tiempos pacíficos.

El *Economista* de Madrid, estudiando recientemente las causas del atraso económico de España, las encuentra en sus crónicas revoluciones, motines y asonadas, que cuando no reventan andan en puerta. Así, en un estado de zozobra intermitente, han tenido al país nuestros emigrados políticos por conveniencia propia, — verdadero nido de urracas por su movilidad y su algazara — sin darse cuenta, en su lamentable ofuscación, de que "en el orden, la paz, el sosiego y el progreso público se engendra el desarrollo de las riquezas privadas y tras de ellas la prosperidad de la economía pública". Ningún miramiento de orden patriótico los ha contenido, ni los contiene ahora que

han trasladado su tienda á este lado del agua y abusan de su debilidad todos los días para probar que el Gobierno abusa de su fuerza.

La evidencia de que el país marcha perfectamente sin ellos, los atora, y recrudescen sus ansias de echar mano á la sartén.

Nosotros deseamos, como miembros de un Partido democrático, que haya en la acción pacífica otro partido que le sirva de control, de regulador, de contrapeso, á fin de obtener para el país las fórmulas institucionales más ventajosas que es posible pretender en una democracia de treinta años; deseamos, hallamos de todo punto necesaria la coexistencia eficaz y activa de los dos grandes Partidos históricos. Pero esa fracción intolerante, que nada olvida ni aprende nada, hibridismo político dentro de la morfología especial de nuestras agrupaciones partidarias, que ni es Blanco ni deja de serlo, que pretende dirigir á un Partido mientras lo repudia sin reservas la mayoría sensata de los partidarios, eso no puede medrar aquí, donde los Partidos de lance no son viables. No ofrece programa de Gobierno que pueda representar una idea política defendible, por que su manía es cortar, es cauterizar, no sabemos qué abcesos, no sabemos qué llagas, — y sobre todo, no presenta número, no presenta nombres, por que toda su acción es ficticia, — todo él es una hipótesis agresiva, — todo él es un plagio inferior de la acción radical argentina. Y para estar así toda la vida, balaqueando, amagando venirse y reventar á todos, engendrando aneurismas en la aorta de los timoratos, irradiando al exterior dudas perjudiciales sobre la seguridad de nuestra paz interna, metiendo un ruido inoportuno y desapacible, azuzando antipatías estériles, vale más que se desengañe, esa tendencia ilusa, — es preferible que esos montes alumbren de una vez!

POTROS Y TOROS

VERBENA HÍPICA

UNA TARDE EN LO DE REYLES

El día Domingo, dorado y veraniego, le hacía á uno cosquillas. Era un delito quedarse, no ya en casa, sino hasta en la ciudad. En cuanto cae sobre la tierra uno de esos días tibiecitos y lindos, el corazón nos corcoba recordando las cuchillas verdes, los bajos de pasto recio, los hirsutos maciegales corroteados en la niñez, apedreando teros y persiguiendo aperiás. En estos nos hallamos en la memoria una vieja y afectuosa invitación de Carlos Reyles para visitar su cabaña de Melilla. Pues amigo, ¡que cosa más al pelo! ver campo, aunque sea poquito, y vacas, aunque sean finas, y caballos de esos que le llevan á usted, detrás de su trote gallardo, los ojos enamorados! Marchamos á Colón.

El tren llevaba un troton pesado, como de carro de cervecería. Por las ventanillas echaba el sol bocanadas de oro tibio y por una que tenía bajada la celosía, entraba en filetes y le listaba la falda á una muchacha que iba de pollera negra y que se pasaba la mano por allí con mimo, sintiendo sin duda con delicia el calorcito madrugador. Orillando la gran ceja del río iba el tren con su áspero traqueteo. Las olitas babo-

sas se estiraban en la arena, contentas de haber llegado. Los grandes barcos viejos, encallados, parecían anfibios salidos á la costa á tomar sol. Luego el Pantano, que estaba crecido y entonado, se alargaba bajo el puente, con ciertos aires de río navegable, bonito, arrastrando majestuosamente una gallina muerta, que sin duda, por ser domingo, se escapó de que la atajase alguna lavandera para engrosar las reservas del puchero. Después la región de las viñas, peladas, angulosas y torcidas como garabatos de una mano bisona. Sayago! Otro poco de marcha y Colón.

Francamente: es feo el pueblito por aquel lado. Quien llega á la estación no se imagina que aquello sea un sitio tan apacible y grato de recreo social. La estética y la arquitectura guardan á ese respecto la mayor reserva. La placita, con la seria y simpática figura del benemérito Vidiella, y acabose. Ningún edificio sobre la plaza que pague la pena y que impresione favorablemente. Todo vulgar y feo. Como la encantada princesa de *La Bruja* Colón disfraza sus encantos bajo una apariencia bastante jorobada.

Entrando por aquella magnífica avenida de eucaliptus que lleva al Colegio Pío ya se empieza á comprender que Colón sea un sitio de alegría veraniega. Allí hay sombras y umbrías amables, como para que puedan los viejos, en las horas ardientes, sacarse el sombrero y pasarse con deleite el pañuelo por la bocha sudorosa, y para que las parejas recién formadas hallen recobrecos para las fugas discretas. Aquella calle donde los altos y rígidos eucaliptus dan una guardia correcta, siempre de plantón, alineados y firmes, moviendo á veces la copa como en una muda reverencia, está ya poblándose de bellas residencias de Verano. Hay muchas nuevas, y el buen gusto va acentuando la gracia de las fachadas y la original factura de los conjuntos. Los chalets de Perey, de los doctores Ezequiel y Hector Garzón, de Platero, Fynn, Ott, Shaw y Francia, entre muchos otros, dan la nota arquitectónica, liviana y elegante; y el del señor Presidente Idiarte Borda, ya con las paredes á medio levantar, promete una obra á la vez monumental y artística.

El almuerzo en el Hotel del Parque no ofrece aun las novedades succulentas de los Veranos, porque el frío, que si no ha hecho, debía hacer en el Invierno, aleja á los aficionados á las *promenades* domingueras. Hay un *maitre* de calibre reducido que basta para las necesidades de la estación. En cambio, se goza enormemente mirando los amores lentos y encarnizados de una banda de patos que en un laguito vecino boyan y navegan, zambulléndose con deleite. Hay un pato picazo, grandote, apoplético, intolerante, que se ha hecho dueño del serrallo y pastorea las succulentas patas, sin dejar meter biza á ninguno de los jóvenes palmípedos que por allí andan galgos, abriendo el pico de balde.

A las 12 estaba el break de Reyles esperando. Y á pesar del camino difícil, un barril pegajoso y continuo de más de una legua, la yunta de rosillos de vigorosa sangre percherona, nos llevó en media hora á la Cabaña, que, flanqueada por un escuadrón cerrado de eucaliptus cimbreantes, se veía á lo lejos coronando una cuchilla.

Ya los edificios delatan la dirección inteligente desde la primera ojada. Pabellones sueltos se distribuyen los diferentes servicios. Uno para vivienda, airoso y cómodo, otro para la peonada, otro para los redomones de tiro, otro circular para la torada fina, la potillada de año y las máquinas destinadas á preparar el alimento, — y allá á cosa de diez cuerdas del estable-

cimiento, otro pabellón aislado para los potrillos de carrera y las yeguas llenas — *El Pabellón de los Nobles* le pusimos nosotros.

Es el encargado general de la Cabaña un sobrino de Reyles, Hector Nessi, educado en la rudeza de las faenas, y en la atención sedentaria de todos los instantes que reclama un establecimiento de aquella índole compleja. Hombre muscular y de estudio á la vez, está interiorizado en los misteriosos procesos del *élevage* y sabe las fórmulas eficaces de la terapéutica veterinaria. A la ciencia del Tratado y de la Revista técnica que estudia asiduamente, sabe unir el valioso caudal de la experiencia acumulada por la práctica de nuestros viejos camperos. Y es un jovencito, que apenas pasará de los veinte años. Su misión es hacer andar sin tropiezos la sencilla y admirable organización que Reyles ha impuesto á la Cabaña, y que le permite á él dirigirla aunque sea desde Europa, moviéndola como una buena máquina dócil y obediente.

Después de una rápida visita á las principales dependencias tomamos sitio cómodo en el patio para ver desfilar los productos que en esta primavera van á pasar bajo el martillo de Zorrilla. Allí iban á venir los trotadores, los potros andaluces y los toros que llegaron hace seis meses del campo y están preparándose para honrar en Setiembre la tradición del Durham.

El día se había emponchado y amagaba lluvia. Nos sentamos comodamente y apareció

Mameluco

Ah tordillo lindo! Alto, ágil, garboso y retozón, daba alegría mirarlo. Criado medio guacho, es un regalón, consentido y majadero, que no se resignaba á trotar con etiqueta y formalidad. Hubo que ponerle serreta. Y entonces fué de verlo! Pasaba como un relámpago, con un trote amplio y gallardo, un empuje resuelto de cinchador y la cabeza enhiesta, vanteando el camino. La sangre aristócrata del ilustre *Visapur*, (ruso Orloff) ostentaba en aquel joven producto sus selectas bizarrías, magnificadas aún por la cruz con las velozes y ardientes yeguas de la verde Irlanda. El revoltoso potrillo, sumiso á la doma, suspendió bruscamente sus paseos y se plantó de flanco, apuntalándose airoso sobre sus altos remos, bajo cuya piel se revelaba el encordado vigoroso de la nerviación.

En esto empezó á llover, despacito y sin ruido. Nessi, orgulloso de poder exhibir, aunque fuera ante tan reducido público, los retoños de la Cabaña, no sentía la garúa.

Se escuchó el rápido pram, pram, pram, pram de un enérgico trote y cruzó

Levine

Tostado rabicano, — algo más alto que el tordillo, de una armonía de formas digna de un bajo-relieve clásico. Aquel hermoso animal era el Antinoo de los caballos. ¡Y qué empuje, que bríos soberbios, que planta, que gallardía cuando pasaba en el raudo trote pisando apenas el suelo, ó cuando se plantaba con la nariz al viento y el ojo ardiente, firme en sus patas, inmóvil en su triunfal arrogancia, como ofreciéndose de modelo, como pidiendo á la crítica que le sacara por favor lo desaparejo!

Después vino

Agoreff

Oscuro. Más grande y más recio. Correcto, liviano y gallardo también, pero de mayor caja, más potente, de más tren. Después de ver á *Mameluco* y *Levine* nn

impresiona tanto, pero es un caballo tipo, superior, que hay que mirarlo muy despacio. En la comparación con aquellos soberbios animales pierde, — pero es que aquellos tienen corona!

Todos estos potrillos y algunos más que por razón de la lluvia, que repicaba fuerte, no fueron sacados de sus box, tienen dos años y medio, es decir, son nacidos en la Primavera de 1893. Hace pocos meses que vinieron del campo, hechos unos chicuelos retozones, sin facha ni educación. El maíz, el cepillo y la doma los han transformado. Ya son cosa superior, — y para de aquí a un mes, que será el remate, van a causar la desesperación de los aficionados sin plata.

Esperábamos otro caballo cuando apareció

Falstaff

Que rico tipo! Imponía. Que paletas! Que cuartos! Que lomo! Que papada! Aquella bestia, vasta y formidable, se estremecía como un tembladeral. Andaba a trancos lentos y solemnes. Que paciencia! Que patas! Que contraste tan brusco con aquellos otros animales que acababan de desfilarse con los andares muelles y graciosos de sus piernas esbeltas y aceradas! Es verdad que este *Falstaff* es un toro y no tenía para que presumir de gallardo y trotador. En cambio pasó a la balanza y marcó tarja: 934 kilos! y con dos años y nueve meses! que delicia!

Lo piensan presentar con MIL KILOS en Setiembre. Y tiene otro hermano,

Criterium.

un magestuoso overo rosillo, que apenas le recula 6 kilos a *Falstaff*. Da 934. Vimos la libreta de pesos, donde se anotan los progresos de aquellas enormes bestias: en dos meses han aumentado cada cual la zoneera de doscientos veinte kilos.

Son hijos estos dos toros del *Daily King*, un reproductor de alcurnia, de la rama Boot. Sabido es que la raza Durham se divide en dos grandes ramas, la Boot, — de más caja y de vacas más lecheras, y la de Bates, de menos hueso y más tipo. De esta rama Bates tiene Reyles el célebre *Duc de Vicet*.

Brotos de este Duque vinieron en seguida. Toritos más jóvenes y precoces, traían en el perfil, en los rasgos, en la finura del pelo, en los cuernos, en la estructura craneana, hasta en las pezuñas, el sello de su encumbrada aristocracia. Vino el *Duque de Corbón*, el *Visir*, *Marius*, *Prometeo*, *Dantón*, *Berlin*, *Peregrino*, *Selín*, *Copérnicus*, *Comet* y *Conde del Paraíso*. Algunos de estos nombres nos resultaban irónicos: *Prometeo* y *Dantón* llevados de la nariz por una argollita! tenía gracia! *Marius*, el celoso y romántico enamorado de Coseta, cornudo como un Menelao! Y *Copérnico*, ¿cómo miraría a las estrellas con aquel cogote? Y *Peregrino*, con que juego se largaba a Roma con aquellas patas cortas y 670 kilos en el alma! Decididamente, para bautizar animales hay tanta irreflexión como para bautizar personas. Todos conocemos Inocencias que saben más que un cabo de cornetas; Puras que están pidiendo a gritos el cambio de la segunda consonante; Delgados que al verlos dan ganas de averiguarles el pedigree; y conocimos nosotros a un mozo Alegría que se pasaba la vida llorando como un profeta.

Pues sí: 670 kilos dió *Peregrino*, y 671 dió *Visir*, los dos únicos que pesamos del lote. Si se tiene en cuenta que estos animales han nacido en Noviembre del 94, es decir, hace apenas 21 meses, se obtendrá un poderoso argumento en favor de la extraordinaria precocidad del Durham, — cualidad preciosa que se le ha

negado con frecuencia para rebajar su mérito. Agréguese su rusticidad, pues han nacido en rodeo, — la facilidad con que llegan a una completa mansedumbre y la prodigiosa rapidez de su engorde, y se tiene un tipo propio para nuestro clima y perfectamente adaptado a la naturaleza de nuestros campos. Decididamente: creemos que cualquier ganadero inteligente que vaya a la Cabaña de Reyles, examine los registros en que escrupulosamente están anotados la procedencia de los toros, el medio en que nacieron y pasaron la lactancia, la edad, el tiempo que llevan de estabulación y lo que han aumentado en ese tiempo, ese ganadero resuelve inmediatamente el problema en favor del Durham para sus haciendas. No se puede pedir más. Y así se explica que Reyles, de 655 reses (vacas y novillos) que vendió el año pasado en la Tablada de Montevideo haya obtenido *once mil, doscientos cuarenta y cinco pesos y medio*, fluctuando los precios entre 18 y 30 pesos por cabeza. Las cifras, relacionadas con lo que en la Cabaña pudimos observar, nos resultan de una lógica tan fuertemente sugestiva, que nos creemos en el deber de llamar sobre ellas la más seria atención de nuestros estancieros.

Pero el agua ha parado y el sol sale guiñando por entre unas nubes que se alargan y deshacen, como si se tendiesen a secar. Estamos impacientes por ver la potrillada de carrera.

Íbamos a levantar el campo cuando llegó Nessi que andaba por los galpones y nos dijo con aire de quién tiene embuchada una sorpresa: "Falta algo...." Vino lo que faltaba: era

Lepanto

Lo montaba el domador de la casa, Ramón Paya, un criollo inteligente que ejerce su delicado oficio con el amor y los primores de un arte. Que pingo! Nos corrió por el cuerpo una cosquilla, un deseo bárbaro de pedir una bolada. En la cabeza pequenita y cincelada, en la oreja aguda é inquieta, en la fosa dilatada y casi transparente, en el ojo ardiente y vivo, en el sillar breve y firme, en el casco pequeño y acopado, en la gentileza altiva del desplante, en el garbo y soltura de los andares, en la flexibilidad nerviosa del escarceo, estaba cantando en aquel ejemplar la noble y fiera alcurnia de la sangre mora. Aquel animal parecía hijo de una odalisca. Pero no. Era hijo de una yegua inglesa y del andaluz *Cariño*. ¡Si daban ganas de pegar tres pataitas, ponerse en facha, y olé, que venga de ahí, y bendito sea tu papá er gitano, y parece mentira que una marecita inglesa haya podido parir un bicho de tu parigual! *Lepanto* le hubiera podido servir a Pradilla para modelo del caballo que monta Fernando el Católico en *La Rendición de Granada*.

Antes de subir al break para ir a ver los *yearlings* acercaron los potrillos del año anterior, unos ocho, hijos de *Exmoor* y de *Napoleón*. Hay también uno de *Kim-bolton* un alazancito, propiedad del doctor Heguy. Desde que largan la teta crecen a pesebre estos futuros relámpagos, pero todas las tardes los largan a un potrero a jugar, como los muchachos, para que estiren las piernas y se crien alegres. Todavía nada se puede ver en ellos, porque la edad del crecimiento es la época ingrata para los potrillos; parecen desproporcionados, muy canilludos, y hacen el efecto de esos muchachones precoces, flacos y largos, que siempre tienen corto el pantalón y rabonas las mangas del saco. Para la otra Primavera estarán desconocidos, que no de balde son hijos de sus padres y de la yegua que los parió.

Vamos de una vez á ver los potrillos de carrera... Pero al poner el pié en el estribo del break echamos de ver que este artículo se vá propasando de la extensión conveniente y dejamos al lector, para el número próximo, con las ganas de saber lo que tiene Cárlos Reyles en el misterioso *Pabellón de los Nobles*.

Postdata: Ya aplazado el final del artículo recibimos el catálogo -aviso de Antonio S. Zorrilla anunciando los animales que rematará el 15 del mes entrante. Y allí vienen los nombres de todos los nuevos productos de Reyles. Nos da al traste con la reserva. Pero no importa: ahora vamos á anticipar los nombres de los productos de carrera y su pedigree (hasta el bisabuelo) y en el próximo número irán quizá los fantaseos. Siempre lograremos decir algo más que lo que dice el aviso de remate.

Hecatombe	NAPOLEÓN.	Vedette.
		Galopín.....
		Flying Duchess.
	TROYA...	Rosicrucian.
		Crucible.....
		Apple Sauce.
NACIDA EN Agosto 8 de 1894	GALLIARD.....	Galopín.
		Mavis.
		Paganini.
	BRAVURA.....	Chianthus.

Troya, madre de Hecatombe, corrió varias carreras, ganando el año 1890 el premio *Vendetta* y el año 1891, los premios *Stud San Luis* y *Esmeralda*. Además llegó placé 4 veces.

Maizal	EXMOOR...	Glenmasson.
		Westminster...
		Figtree.
	COQUETA.	Scottish Chief.
		Lorna Doone...
		Rapidan.
NACIDO EN Octubre 6 de 1894	HOLMBY.....	Lord Clifden.
		Hannah.
		Barbillón.
	EXECUTRICE.....	Execution.

Coqueta, madre de Maizal, corrió varias carreras, ganando el año 1890 los premios *Selección* y *Larrañaga* y ha llegado placé 7 veces.

Superchería	EXMOOR...	Glenmasson.
		Westminster...
		Figtree.
	CABULA...	Scottish Chief.
		Lorna Doone...
		Rapidan.
NACIDA EN Sepbre. 15 de 1894	BEAUDESERT.....	Sterling.
		Seagull.
		Queens Messenger.
	LEAP FROG.....	Leap Year..

Cábula, madre de Superchería, ganó 3 carreras y fué placé 7 veces, una de ellas en el premio *Criadores* de 1891.

Ñangapiré	EXMOOR...	Glenmasson.
		Westminster...
		Figtree.
	CORONACIÓN	Scottish Chief.
		Lorna Doone...
		Rapidan.
NACIDO EN Octubre 12 de 1894	HAMPTON.	Hampton.
		Highland Chief.
		Corrie.
	FAIR LILIAN.....	Muncaster.
		Black Gown.

Coronación, madre de Ñangapiré, tiene quizá el mejor pedigree de la Cabana Reyles. Fair Lilian es ganadora de muy buenas carreras, entre ellas algunas de 500 £. Coronación, es madre de Doña Luz.

Yerba Amarga	EXMOOR...	Glenmasson.
		Westminster...
		Figtree.
	NELLIE II.	Scottish Chief.
		Lorna Doone...
		Rapidan.
NACIDA EN Sepbre. 6 de 1894	SOLON.	Solon.
		Philammon....
		Satanella.
	NELLA.....	Adventurer.
		Lady Irespas.

Nellie II, madre de Yerba Amarga, corrió 9 carreras ganando 2 y llegando placé 4 veces. Uno de los premios ganados fué el de *Criadores*, clásico; 2.º, *Ecarré*; 3.º, *Política*; 4.º, *Lady Flora*.

DE JUAN L. CUESTAS

RECUERDOS DE UN CAMPEÑO

LA INDIA

Aventuras de un marinero inglés en la campaña pastora del Uruguay.—De marino á domador.—Un miembro de la nobleza de la Gran Bretaña.

Un viejo Fleitas, propietario de más allá de la plaza de Paysandú, y con estancia en Arroyo Grande, una especie de filósofo campesino, que recomendaba una teoría singular sin practicarla: *yo no me fio de nadie, ni nadie se fie de mí, porque yo ni de mí mismo me fio*, era un paisano honrado y de verdad, gran memorista, que relacionaba con bastante claridad episodios y sucesos de mucho interés, ocurridos en épocas lejanas. Afecto á hacer anotaciones de lo que veía ú oía mereciéndole fé, conservaba en un tubo de lata sus apuntes que hace algunos años pudimos consultar, y de ellos hemos tomado la relación que ligeramente transmitimos, dándole otra forma más usual y corriente.

I

Un día del mes de Enero de 1855, llegaba por primera vez un buque de ultramar de gran porte, al puerto de Paysandú á cargar frutos del país. Se deno-

minaba *La India*, y traía bandera inglesa. Era su capitán, un hércules coloradote, rubio, con unas manos y pies como el timón de su nave.

La tripulación se componía de una veintena de mozos fornidos y ágiles, que subían á las cofas y jarcias á aferrar, con la misma sencillez y soltura que los paseantes de un muelle suben las escaleras del mismo.

Solo los contramaestres ó segundos de abordó eran hombres de alguna edad, con patillas blancas y cabello gris, verdaderos lobos de mar, que habían envejecido surcando los océanos.

Era una verdadera novedad en aquellos tiempos para los habitantes de los pueblos costaneros de los ríos, ver entrar en las aguas del puerto un barco de aquella magnitud, una especie de montaña, deslizándose por las mansas y transparentes aguas del río Uruguay.

Los botes de la costa entrerriana, como los de los leñadores y del puerto, se aprestaban á examinar de más cerca el monstruo, dudando, en su sencillez, que existiera otro igual.

El silbato del contramaestre, el ruido de las cadenas del ancla y el vocerío de los muchachos de la costa, atrajo á la rivera los vecinos de las casas inmediatas, que corrían presurosos y jadeantes sobre la playa para darse cuenta de aquel acontecimiento.

No faltaba el paisano montado en su caballo brioso é inquieto, curioseando y haciendo comentarios de lo que por primera vez veía.

Chin el barquero, hombre honrado á carta cabal, antiguo legionario de Garibaldi, — cuerpo en que todos eran valientes como leones, — había aparejado su bote el primero, para trasladarse al coloso; — dos vecinos más, el fondero Brugada y el pulpero Polinao, que tenían veleidades de marinos porque veían anclar y zarpar diariamente desde atrás del mostrador de su negocio, los barquitos que hacían el tráfico de costa á costa y las goletas que viajaban á Montevideo con mercaderías y frutos, acompañaban á *Chin* en la expedición abordó de *La India*.

Al llegar á un flanco del buque tuvieron que esperar que Sierra, guardia primero del Resguardo, buen mozo y valiente cazador de tigres en las selvas del Queguay, llegara con la falúa á hacer la visita de ordenanza.

Después atracaron á la escalerilla los visitantes, pretendiendo subir; pero el Capitán inglés, les hizo saber por ademanes, ya que no le era posible hacerse entender, que no podía admitirlos.

Chin y Brugada, se sometieron sin murmurar, no así Polinao, que lanzando un juramento amenazaba al capitán con el puño desde el bote que se alejaba lentamente.

Polinao era catalán, de un carácter violentísimo, no siendo mal vecino.

Un día se trabó en palabras con su carnicero, un paisano de mal genio también, por cuestión de si pesaba ó medía bien ó mal.

Polinao, que era un hombre vigoroso, empuñó un palo ó tranca de asegurar la puerta, y persiguió al carnicero que abandonó su carretilla, y huyó hacia la rivera. — El paisano no huía de cobarde, era una maniobra como cualquiera otra.

Al llegar al bajo arenoso, le hizo una *cuerpeada* como dicen ellos á su agresor, recogió un puñado de arena, y lo arrojó á los ojos del catalán enfurecido.

Este se detuvo cegado un momento, y entonces aprovechó el paisano para acometerlo y herirlo de una puñalada. "Ya tenés bastante, le dijo el carnicero, pa que no seas sonso otra vez, y aprendás á chiflar."

Polinao no murió, pero se guardó bien de cargar en adelante á paisano alguno á palo limpio, apesar de creerse un famoso tirador. "¿Quién había de pensar, decía, que un gaucha me había de aventajar, manejando yo un palo!"

El heridor fue aprisionado y enjuiciado largo tiempo, siendo declarado libre, finalmente, por haber probado que fué en defensa propia que hizo uso de sus armas.

El botero Chin, insistió al día siguiente en visitar la barca inglesa, y entonces fué mejor recibido. Se acompañó de un pescador al que llamaban *Corre-fraille*, no sabemos porqué, que había estado en Gibraltar y chapurreaba el inglés.

El capitán después de una puñada que hizo crujir los dedos de los visitantes, los obsequió con rom y tabacos, y les dijo que había sido fletado por una casa inglesa de Buenos Aires, para venir á cargar huesos, cueros y cerda.

Paseando y fraternizando Chin y *Corre-fraille* con los marineros, notaron un mozo como de 20 años, alto, delgado, rubio, de ojos azules, al que apuntaba el bozo, que se encontraba apoyado en la borda del buque, con los brazos cruzados sobre el pecho, y silencioso, sin tomar parte en las manifestaciones de congratulación.

Preguntó el compañero de Chin al contramaestre, llenándole el pito de buen tabaco, quién era aquel marinero joven, de figura distinta á los demás, que se encontraba un tanto separado.

El viejo le dijo: es un rico de Londres, que su familia envió á Liverpool para que hiciese el viaje á la India embarcado en este buque; de esto hace ya dos años; parece que no lo quieren tener por allá.

El capitán lo trata con rigor, y se ha dado el caso de pasar algunas horas en la barra, y no baja á tierra, — esa es la orden.

Se retiraron los visitantes después de haber sido obsequiados, habiendo visto como el capitán trataba á su gente agarraba á un grumete mocetón por el cuello, y lo lanzaba desde lo alto en la lancha que iba á tierra en busca de comestibles, como si fuera un fardo.

II

Algunos días habían trascurrido desde la llegada de *La India* al puerto de Paysandú, y se notaba gran actividad en la policía del pueblo, galopes del comisario Alfredo recorriendo las fondas y casas de hospedaje, que no eran muchas por cierto, pues creemos que se reducían á una en el pueblo, y otra en el puerto.

El fondero Marcá, un napolitano que tenía fama de ser poco escrupuloso cuando aderezaba una ave, pues lo hacía con todo el contenido interior, sin duda por descuido, y un romano, su socio, á quien llamaban 48 porque á todos los concurrentes á la fonda les contaba la revolución de esa fecha en Italia, en la que tomó parte en defensa del Papa, — estos eran los fonderos del pueblo.

Brugada, ya lo hemos dicho era el fondero del puerto, buen hombre y buen vecino, que alimentaba la esperanza de dirigir algún día un barco, porque se consideraba un excelente marino en razón de vivir cerca del río, hacía más de diez años.

¿Qué ocurría, se preguntaban los vecinos, ante aquel movimiento de la policía?

Por fin llegó D. Narciso, al que llamaban la "gaceta del pueblo", hombre como de 50 años cumplidos, que

no teniendo ocupación alguna, se encargaba de averiguar todo lo que pasaba, fuese privado o público el asunto.

Y no lo hacía de malo, sino porque el hombre tenía gusto en eso, así como otros gozán en tocar el trombón.

Era un sugeto, don Narciso Meloso, muy sagaz é insinuante.

Su vestido había pasado de moda: calzón con tramillas, raído por el uso, levitón de faldones largos, color pasa, sombrero de felpa monumental, que había perdido su color primitivo, y corbatín de seda, al estilo del año 30. Baston de puño de cobre ya negro. Eso sí: siempre afeitado y correcto en su pobreza. No carecía de alguna instrucción.

Si quería saber algo de determinada familia, se presentaba desde luego en su casa, con un melón de olor, ó un racimo de guindas, ó cualquier otra fruta del pueblo, que llevaba en el bolsillo de los faldones del levitón, de obsequio á las muchachas, como él decía, y entraba en conversaci6n al objeto que se proponía.

Cuando se retiraba don Narciso ya sabía lo que tenía que saber, y en seguida lo conocía todo el pueblo, pues él se encargaba de transmitir la noticia, recomendando siempre el secreto.

Si se trataba de algun asunto de la policía ó del juzgado, nuestro hombre se trasladaba á las oficinas respectivas, y con cualquier pretexto, iniciaba conversaci6n con el escribiente más jóven, al que invitaba para una tertulia probable en lo de doña Agustina, con motivo de su cumpleaños.

De este modo conseguía averiguar lo que deseaba, esto es, quien hacía sido preso y porqué, que demandas tenían lugar, y cual era la causa, y el nombre de los litigantes.

Su placer era poder contar todo lo que ocurría en el pueblo, fuese de importancia ó nó.

Llegaba pues ese día don Narciso azorado y jadeante á la confitería ó café de Averastury, diciendo á los que se encontraban allí bebiendo, fumando y hablando de riñas de gallos ó jugadas contándose anécdotas sobre la guerra pasada, porqué como no había diarios, ni vapores, ni correo sino cada 10 días, ni nada que despertase interés público, no podían hablar los vecinos desocupados sin6 de nimiedades. — ¿No saben Vds. lo que pasa? — No, como hemos de saber! si Vd. no nos lo dice. . .

— Pues han de saber Vds. que ocurre una novedad. — De la barca inglesa que está en el puerto se ha desertado un marinero, y el capitán ha ofrecido cien patacones al que pueda capturarlo y entregarlo a bordo; por esto la justicia anda en movimiento, más por el interés de ganar la recompensa, que por buscar al hombre, que no interesa á nadie en el pueblo que esté a bordo ó en tierra.

En efecto, era cierto lo que don Narciso informaba. El mozo aquel que había llamado la atención de *Corre-frailé* el día de su visita á la barca, había desaparecido de a bordo.

En una de las noches siguientes á la llegada del buque, auxiliado por alguno del mismo, había tomado la lancha pequeña llamada *El Chinchorro*, y se había dejado llevar por la corriente hasta tomar tierra en el arroyo Sacra, que está á dos ó tres millas más abajo. Allí fué encontrado el bote al día siguiente.

¿Quién era este marinero por el que el capitán ofrecía cantidad tan abultada para la época y el lugar?

Sin duda era verdad lo que el contramaestre había dicho, que aquel mozo era un rico de Londres, al que su familia poderosa hacía viajar á su pesar, y en condici6n tan humilde?

Por más diligencias que hizo la policía no le fué posible encontrar al desertor. — Se habló del suceso por largo tiempo, como pasa en los pueblos apartados de los centros sociales y políticos, pero luego cayó en el olvido, como todas las cosas.

Más tarde, corrido el tiempo, se supo lo que había sido del marinero inglés.

La noche de su deserci6n marchó hasta llegar al arroyo *Rabon* á lo de Sifredi, un italiano propietario de campo y estancia.

Allí no encontró al patrón y sí á un indio que hacía de ranchero ó cuidador de la casa.

Era un hombre casi primitivo aquel paisano rudo; le llamaban Pai-Lucas. Nunca había ido al pueblo, apesar de estar á 20 kilómetros. Es verdad que siempre, desde que nació, había vivido en el Queguay, y se encontraba por incidencia en lo de Sifredi.

El pobre mozo le pidió en inglés que comier, y no entendiéndolo el indio, se hizo comprender por señas.

El ranchero se apresuró á satisfacer la necesidad del extranjero, y cortando un pedazo de carne que colocó en el asador, lo puso al fuego y cuando estuvo pronto se lo ofreció al inglés, enseñándole á cortar al estilo criollo.

En esa época los ganados valían poco, no se habían establecido fábricas ó saladeros, y los estancieros utilizaban sus haciendas sin miramientos; la gente del campo se alimentaba bien y aglomeraba cueros, grasa y cerda, para cambiar con el comerciante por artículos de consumo y de vestir.

Con confianza podía llegarse á un pobre rancho, en la seguridad de encontrar generoso hospedaje y sabrosa carne con que alimentarse, aparte del mate de yerba misionera, que era el té de la tierra y algún *pororó* de maiz que hacía las veces de pan.

Un caballo para el viajero nunca faltaba, y el paisano hacía gala de ser atento y obsequioso con el que solicitaba su protecci6n; parece que los tiempos han cambiado mucho.

El inglés después de despedirse y agradecer como pudo al indio sus bondades, siguió por el camino que de lo de Sifredi al Paso del arroyo Rabón, guiaba.

Cuando el peón de Sifredi refería la visita del forastero, decía en su lenguaje singular: — mozo lindo! eso sí, hablaba una lengua muy extraña, no debe ser cristiano, ¿quien sabe de donde será! dicen que el diablo se suele aparecer vestido de otro modo, y no es como nosotros, — *traiba* una ropa tan rara!

Aquellas reflexiones fueron motivo de comentarios entre el paisanaje, porque ño Lucas pasaba por hombre de consejo entre ellos, pues sospechaban que tenía algo de *adivino* ó cosa así.

El arroyo Rabón, se encontraba en condiciones de poder pasarlo descalzándose, lo que hizo el viajero, continuando su camino hasta *Valdés*, casa de Romero, un excelente vecino, donde encontraban hospedaje generoso los pobres como los ricos.

Era aquella casa de campo una excepci6n en su época: varios ranchos de material en cuadro, rodeados por jardines rústicos, cuyas plantas aromáticas, la madre selva, las rosas, el jazmín, los claveles, trepaban por las paredes blanqueadas.

La señora y las hijas que formaban aquella familia patriarcal — cuyo jefe era Romero, un correntino, como de 50 años, hombre de color blanco, bien parecido, que no tenía sino obras buenas, sin una idea mala — se encargaban de blanquear la casa, pintar las puertas de verde, arreglar los jardines á estilo del país, y formar jaulas rústicas en donde salían y entraban los pájaros, con la misma libertad que en el bosque.

Romero no era propiamente rico, pero tenía su buen pasar, que le permitía ofrecer á su familia un bienestar relativo.

Sembraba como diez hectáreas de tierra con trigo y maíz, y tenía algún ganado. Era aquella población la más frecuentada de la comarca por gentes de alguna importancia.

Ladraron con furor los perros al caer la tarde de un día caluroso: habían visto un hombre á pié que se aproximaba lentamente á la población.

Salió Romero á la enramada, que es como el centinela avanzado de una casa en pleno campo. Allí se detiene el paisano ó el viajero para dejar su caballo, pedir permiso para pasar al patio y hacerse conocer de los moradores de la hacienda; es, puede decirse en términos más claros, la portería donde el viajero presenta su tarjeta.

—Fuera! fuera! gritaba afanoso Romero á los perros, á los que, cuando se encontraban á su alcance, les daba con un arreador para espantarlos, especie de fusta con cabo de madera que usan los campesinos para su defensa y para el arreo de los ganados. Su objeto era proteger al viajero contra las acometidas de aquéllos.

En todas las estancias por aquel tiempo se sostenía una cantidad de canes, que no solo servían para guardianes de las poblaciones, sino que se utilizaban en el cuidado y recuento de los ganados, que se extendían por los campos sin división ni cercados.

Llegó el extranjero á donde se encontraba el dueño de casa, al que saludó sacándose la gorra. Este comprendió de lo que se trataba: el vestido del mozo atestiguaba su procedencia; se hizo cargo de que tenía en su presencia á un marinero desertor.

Romero no era un paisano ignorante, sabía leer, escribir, y había estado en Buenos Aires algún tiempo, en la época de Rosas.

—Pase amigo, siéntese, le dijo Romero señalándole un banco rústico, —veo que viene muy cansado.

El inglés no hacía sino mirar al dueño de casa, después de haberse sentado en el banco que se le ofrecía, pues no sabiendo una palabra de español, su situación era angustiosa. Romero lo obsequió con un cigarro, y comprendió que aquel viajero no conocía el idioma del país.

Por señas le indicó que se sacara el calzado, pues se apercibió de que el mozo sufría penosamente, por la marcha de cincuenta kilómetros que había recorrido, desde la noche anterior, sin descansar.

Llamó un peón, y le hizo traer agua con caña para que tomase, y pudiera refrescar.

Después le proporcionó que comer, y lo alojó en un *cupal* (1) inmediato á la caballeriza donde tenía sus caballos de carrera.

Allí descansó el inglés todo el tiempo que le pareció bien, y al día siguiente manifestó como pudo el deseo de quedarse sirviendo de algo, como limpiar caballos, en que probó ser entendido, pues *sportsman* en su país conocía la profesión.

Se le proporcionó un traje de paisano y se vió desde luego al ágil muchacho, abordar con empeño todos los trabajos sencillos que se le encomendaban.

Patricio había indicado llamarse, y los peones, á la par que lo consideraban por lo diligente le enseñaban bromeando algunas palabras usuales en la campaña.

Lo primero que aprendió fué á decir *quiero comer, quiero un caballo y muchas gracias*.

No era poco en la lucha por la vida.

De este modo siguió el mozo inglés avanzando en su educación elemental, según la costumbre de la tierra.

Los campesinos tienen en todas partes su lenguaje propio, y no se les puede exigir que posean el idioma de su nación, que el estudio, la ciencia y las letras han consagrado.

Montaba Patricio á caballo regularmente al uso de la escuela inglesa, estribando sumamente corto; y saltando sobre el recado con el movimiento del caballo al trote, marchaba inclinado hacia adelante.

Cambió en breve ese sistema por el del país, adaptándose al criollo. Los paisanos se esmeraban en enseñarlo.

—“*Tuviera este nación*” decía un gaucho viejo que guiaba un ojo cuando hablaba, á causa de una cicatriz que lo cruzaba, “nos va á enseñar á nosotros á domar un potro”, profecía que debía cumplirse con exceso.

III

Pasado un año de la estadía del inglés en casa de Romero, un buen día anunció el mozo que se retiraba á trabajar en una estancia nueva que se formaba del otro lado del arroyo Negro, en campos que fueron de Almagro, comprados ó arrendados por un inglés Lizaur.

Con ese motivo, Romero le arregló la cuenta, pues ya ganaba seis pesos mensuales el inglés, por cuidar los caballos parcerjos que aquél conservaba.

No se volvió á oír hablar por entonces del joven inglés, que en efecto como anunció, había tomado ocupación en la estancia de Lizaur.

Este novel estanciero era un inglés recién llegado al país, con capitales á emplearlos en campos y en ganados, más bien, se decía, con el objeto de distraerse, que con el de especular.

Se agregaba que Lizaur pertenecía á una familia pudiente y noble del país de Gales, y que se había alejado, por cuestiones privadas.

Sea de ello lo que fuere, Lizaur fundó una estancia en el Rincón llamado González, nombre del primer fundador.

Acostumbraba hacer viajes periódicos á Paysandú. Era á la sazón un hombre todavía joven, grueso, de figura vulgar; había adoptado el traje campesino á medias, bombacha, botas altas, poncho imitación vicuña y sombrero de anchas alas. Éste era su vestir de uso en el pueblo; se puede presumir cual sería el del campo.

Pasados algunos años Lizaur falleció en su estancia de un ataque de apoplejía, y sus herederos de Inglaterra recogieron sus bienes.

Ese inglés fué de los primeros pobladores, procedentes de la Gran Bretaña, que con capitales propios vinieron al departamento de Paysandú en demanda de campos para especular en la cría de ganados.

Las construcciones de material, blanqueadas, con techo de teja francesa, tomaron el lugar de los ranchos de adobe con techo pajizo, viviendas de nuestros paisanos de campaña.

El sistema de secciones ó divisiones en los ganados para su perfeccionamiento fueron ellos los primeros que lo iniciaron, introduciendo ejemplares de raza de los mejores ganados de Europa, que se cuidaban en galpones construídos al efecto.

Las estancias de los ingleses tomaron nombres simpáticos y civilizadores: *La Casa Blanca, Las Rosas,*

(1) Rancho sin concluir.

Las Delicias, El Progreso, etc., etc., andaban de boca en boca de los paisanos, que preferían trabajar con los ingleses que proporcionaban buen alimento y buena paga, aunque no permitían beber, ni juegos, ni pulpería, ni desórdenes, porque todo era matemático en la casa de campo de un inglés.

Un día la policía de la sección de *Arroyo Negro* se encontraba en movimiento; el comisario Colman había dado órdenes á sus guardias civiles, ó policianos como entonces se llamaban, de que buscasen y prendiesen á un inglés Patricio de la estancia de Lizaaur que había cometido un desórden y golpeado á un criollo del pago, al que la misma policía respetaba por guapo.

En efecto, en esa sección se encontraba un indio de nombre Lorenzo, que era factor obligado en las carreras disputadas, en el juego, y en todo escándalo que se armase en las pulperías de la localidad.

La policía lo respetaba por varias razones, primero porque el indio era muy acreditado con el jefe del Departamento, — los paisanos llaman así al paisano que merece del superior ciertas consideraciones — y segundo porque siempre tenía en su rancho compadres y amigos, prontos para cualquier fechoría.

Era el guapo del pago el indio Lorenzo, que con apariencia de buena vecindad imponía sus condiciones á los demás. — Se graduaba de capitán cada vez que había revolución ó reuniones por orden del jefe.

Tuvieron lugar unas carreras muy sonadas en la pulpería de D. Serapio, un gallego bajo y barrigón, que usaba los calzones remendados hábilmente por su mujer, tan hábilmente que parecían signos chinos, y que los paisanos creían que así se usaban en el pueblo.

El moro de Chain debía correr con un zaino que traían unos brasileiros de Santa Ana; se jugaría mucha plata, porque los dos parejeros gozaban de fama entre sus parciales.

Ese día todo era agitación en la pulpería y sus cercanías.

El pulpero, su mujer y un muchacho no bastaban á dar cumplimiento á los pedidos de los marchantes.

Don Serapio, con un gorro de lana, que en su tiempo debió ser punzó y que entonces era casi negro, en mangas de camisa, con sus pintorescos calzones, atendía afanoso á los consumidores que estaban en la reja. La reja es la división que separa al pulpero de los concurrentes de puertas afuera.

Quien pedía un vaso de caña, quien uno de vino, ó un *chicholo*, ó queso, galleta, etc.

Mientras tanto su mujer cebaba mate para los que estaban dentro, que eran todos vecinos de *capacidad*, como se dice en el campo á los dueños de estancia ó patrones, que se reúnen en la trastienda de la pulpería á hablar de caballos, de haciendas, del valor de los cueros, y de los demás frutos.

La pista ó el camino donde se debía correr la carrera, estaba al frente de la pulpería: cuando más tendría unos mil metros, porque era raro en la época, que hubiese caballos de más tiro.

Cuando aparecía un zaino *paleta quebrada*, un oscuro *herruga* un bayo de las *ánimas* ó un lobuno *rabioso*, que eran los príncipes de la época en tiro largo, pues corrían dos mil metros cuando más, era una novedad, y los moradores de la campaña venían de distancias lejanas á presenciar acontecimiento tan extraordinario. — Un pueblo se reunía en el lugar de la lucha hípica, en carpas y carretones. La fiesta duraba días; y más de un suceso de sangre se producía, porqué el juego, las bebidas y las mujeres entraban por mucho en el desórden, caldeando las pasiones.

El moro y el zaino estaban partiendo desde las dos de la tarde y eran las cinco, y no *largaban*. — Los corredores eran hombres que entendían su profesión, y no habían podido ponerse de acuerdo para el *vamos* tradicional que da comienzo á la carrera.

Los corredores se desnudaban á medias, quedaban en camisa y calzoncillos para estar más livianos y ágiles, descalzos, con vincha de un pañuelo en la cabeza; era el todo del ajuar de este singular Jockey. Los caballos sin silla ni recado.

Los espectadores y jugadores estaban impacientes.

En uno de estos momentos, se encontraba el indio Lorenzo con una pierna sobre el pescuezo del caballo, costumbre y postura peligrosa y gaucha, mirando á lo lejos el punto de partida, cuando acertó á pasar el inglés Patricio gobernando con dificultad un potro malacara de reciente doma.

Fuese distracción del jinete ó torpeza del caballo, pegó un encontrón al gauchito, el que perdiendo el equilibrio cayó al suelo.

Iba á pedir disculpas el inglés, cuando recibió un golpe de látigo que le cruzó la espalda.

Era el indio Lorenzo, el que se lo propinaba de mano maestra.

Rápido el inglés se desmontó y arremetió sobre el guapo del pago dándole un *box* ó golpe con el puño en la cara que lo hizo retroceder, volvió á alzarse el látigo sobre Patricio y este repitió el *box* sobre su adversario. Esta vez con suceso, pues habiéndole acertado á dar en la sien, el indio cayó como pesado fardo.

En el tumulto de personas y caballos que se produjo por el hecho, el inglés pudo montar en su caballo de un salto y alejarse.

Desaparecía el sol en el horizonte y la carrera no se había aparejado por qué los corredores estaban defendiendo la plata según la expresión criolla, — cuando se pasan partiendo toda la tarde para el *vamos* decisivo.

El inglés Patricio tomó por la quebrada que borda la sierra inmediata, en dirección á la estancia de Lizaaur, pero fué alcanzado por el sargento de la policía, un pardo de nombre Cerrudo, que tenía reputación de bravo y de cruel.

Patricio oyó el galope de un caballo que lo perseguía, se detuvo, echó pié á tierra, aseguró el suyo trabándolo, y sacó de entre el apero ó montura, una especie de espadín corto, con filo y punta de buen temple, que conservaba de abordo; se terció el poncho y esperó.

Es sabido que los paisanos en las reuniones donde concurre la autoridad, no pueden usar armas visibles, las llevan ocultas.

Llegó el sargento frente á Patricio, diciéndole *entre-gate, gringo de Ingalaperra*, y desmontándose.

Por ignorancia ó por mofa, cuando quieren ofender los paisanos, llaman así á los hijos de la grande Albion.

El inglés le contestó *prendeme si podés!* Había aprendido á hablar el lenguaje usual en la campaña.

El pardo, que consideraba *robo*, como ellos dicen, cuando creen fácil la partida, no hizo uso del sable, sacó el facón, cuchillo de grandes proporciones, y se fué sobre el inglés.

Era la hora del crepúsculo. Patricio se puso en guardia, conocía la esgrima, y tenía confianza en su brazo, y en su arte.

El sargento con el poncho en la mano izquierda, y el facón en la derecha, lo amenazó con la primera, y le envió un golpe con la segunda.

El inglés retrocedió un paso, pero como su arma

era superior al facón paró el golpe y la dejó caer con vigor sobre el brazo derecho del sargento abriéndoselo hasta la mano, y á la vez le cruzó el rostro con el filo del espadín en forma diagonal, quedando desarmado el sargento, por que el arma cayó, y la sangre lo ahogaba.

—¡Ay maldito! Que me has fregao, dijo el gaucha.

El inglés tuvo en su mano la vida de su adversario, pero se acordó del consejo de un viejo de la estancia, ño Quirico, peleador de fama en su tiempo, que decía: "Nunca se debe matar á un hombre sin necesidad, basta con marcarlo, porque cuando hay un finado la conciencia que aunque no es boleto de marca que ha de mostrarse, es bueno estar bien con ella, porque no es necesario confesarse con flaires, sinó con uno mismo en momentos de recogimiento y de prueba".

¿Quién era ño Quirico? — Nadie sabía su origen. — Se decía enterriano, de Nogyá.

Ño Quirico, de quien decían, que no se llamaba así, era un viejillo de baja estatura, ojos azules como cuentas; contaba á la sazón como setenta y cinco años, y tenía el rostro, las manos y el cuerpo lleno de cicatrices. — El pelo y la barba los usaba largos, blanco el cabello y esponjoso como una peluca.

Contaban las crónicas de pulpería y de fogón que allá en su mocedad, cuando sabía que existía algun gaucha malo, ya fuese en la Banda Oriental, ó en su Provincia, por Montiel, donde abundaban, se trasladaba incontinenti á buscar al guapo y toparse con él. — Por toda arma usaba un pequeño cucillo filoso y punzante.

Lo mismo cuando llegaba á sus noticias que había aparecido un tigre ó jaguar por los montes cercanos, iba en busca de la fiera hasta encontrarse con ella, y raro era que no saliese del bosque ó del pajal con la piel del animal feroz, que arreglaba cuidadosamente para venderla en el pueblo.

Era aquella una reputación bien adquirida, y sus consejos eran escuchados como un Evangelio, según la palabra expresiva de Ño Baldomero, un Juez de Paz, indio puro, que sabía leer, escribir, y aseguraba que su padre había sido ayudante del virrey de Buenos Aires.

En la estancia, Ño Quirico no ganaba sueldo, pero el capataz lo socorría por orden del patrón, y el pobre viejo prestaba pequeños servicios, como traer agua en un petizo de diario. No tenía familia y se había hecho un buen amigo del inglés Patricio.

Llegó este á la estancia y enteró primero al capataz y después al mismo Lisaur de su aventura, que importaba una desgracia para él, pues iba á ser perseguido.

Esa misma noche Ño Quirico lo llevó á un rincón oculto en el fondo del bosque en Arroyo Negro, y se constituyó en su compañero y protector.

Diariamente el viejo ocurría á la estancia en demanda de carne y yerba para Patricio, hasta que Dios quisiera, — decía.

La autoridad, representada por el mismo Comisario, se presentó en la estancia reclamando al inglés que había golpeado al capitán Lorenzo, y herido al sargento Cerrudo.

Se le dijo que el mozo no estaba allí, y que debía buscarle en otra parte.

La fama de Patricio corrió por todo el Departamento. ¡Un nación, decían los paisanos, arrollando á gauchos crudos, si será tigre! agregaban.

MEDALLITAS

Bernárdex: La otra mañana no quisé golpear en LA CRUZADA. Era tarde y sin duda llegaba cuando la casa estaba llena. Va usted á decirme que tomé el tren del Norte para hacer el viaje! La verdad es que hubiera estado bien mi Casa del domingo, desde que salía LA CRUZADA en el día clásico de los tallarines bien hechos. Pero ahí le envío eso, que puede tapar el último rincón de su querido periódico. Lo quiere. — MAESO — Montevideo, Agosto 7 de 1896.

Del anverso

Se lo trajeron de noche. Era un juguete fuerte, muy pintado y de aquellos que no se rompen á tres tumbos. El negrito lo apretó entre sus dedos y quiso darle cuerda el solo, emprendiendo la tarea de Sisifo. Lila se lo pidió con un *así no es, bobeta!* que tuvo cariñosas resonancias de madre buena; él la miró y hubo como una amenaza rápida de tirárselo á la cabeza. Si la hermanita insiste, llega la catástrofe de un ferrocarril con una sola víctima, ella, — y siguió tanteando el resorte. El había tenido otro así, y por aquel lado estaba la cosa. Al último dió en el *quid*, y cuando quiso soltarlo antes de tiempo, la cuerda se le fué en la mano. Lo dejó caer sobre el suelo y el tren quedó, panza arriba, aleteando sus ruedas de lata con sonidos lijeros de veleta campera. Buenamente lo dió entonces, y una mano científica vino á hacerlo andar lijero, saltando las deformidades del piso de madera y metiéndose en el dominio de las zapatillas paternas, debajo de la ancha cama donde viven los *cucos* negros, que llegan cuando los nenes son malos, ó no toman la *papa* que va á curarlos; él, entonces, se rió como un loquito y quiso detener la carrera, estirando la mano. Su máquina había tropezado con un pie de la cama y allí quedó metiendo el escándalo vibratorio de sus rueditas falsas. Otra mano se la trajo y cuando el padre esperaba un beso, el hijo alzó el juguete y se lo tiró á las rodillas. El tren estaba descompuesto! Un desconsuelo inmenso le turbó el alma. Después, al rato, no se sabe como pudo olvidarse, y á la mañana siguiente, cuando recorrió sus cortinitas blancas, tras de las que vivían los ojos de la madre, el ferrocarril se le apareció, como obsequio de Navidad, sobre el mármol de una cómoda, enteramente compuesto. Para él fué oscura la explicación de aquel milagro. Y cuando le dijeron que era Dios que se lo había mandado de nuevo, el negro anduvo toda la tarde asombrado y enseñando el regalo que Dios le había traído. Un amigo le dijo después que Dios era un hojalatero de la vecindad.

Y del reverso

Porque voy á pintar esta amargura? — porque ofrecer esta gota de pepsina, al lado de ese frasco de miel? Es que he escrito *Medallitas*. Es que el paisaje de la vida tiene, como algunos cuadros, un fondo negro. Parece que yo mismo me estoy diciendo: "no, no pintes eso Luis, — no destapes el cadáver al lado de la rosa; no describas nunca los niños que mueren, cuando los niños se rien. Despide al ángel malo, cuando el candor recibe al ángel bueno; no tienes el derecho de traer la muerte cuando la vida se alza." Y estoy luchando. Tengo todo el plan aquí, entero, el hijo muriendo de meningitis, la desgracia que, como el rayo, entra al hogar para matar, la angustia yendo y viniendo desde el cuarto del enfermo hasta el fondo de

la cocina, la farmacopea que no sirve para nada, el calor hirviente del ángel moribundo que va á subir donde los otros angelitos se saludan volando y entonan un himno puro,—la madre, ah! la madre, sin lágrimas, con el caudal agotado, y en medio de todo, las amiguitas de enfrente y de al lado que se informan y se van, sin darse cuenta de lo que va á pasar.... No, no, yo no debo pintar esto, después de haber dibujado aquello de arriba. Es muy triste todo, sí! — Y no lo pinto. Vaya pues así no más la medallita.

De un lado hay lo que han visto, del otro.... un pensamiento bueno, me evita de poner esa tristeza honda, junto á una página rosada.

LUIS MAESO.

Agosto 12 de 1896.

LA TROCHA ANGOSTA

EL GRAN PROBLEMA DE LA VIALIDAD

TEMA PARA LA PRENSA DE CAMPAÑA

(El importante trabajo que publicamos en seguida, y que procede de un hombre joven, pero especialmente versado, por virtud de estudios especiales, en la materia que trata, sostiene la conveniencia de los ferrocarriles económicos como el medio superior y eficaz de resolver el grave y vasto problema de la vialidad en la República.)

Estamos del todo conformes. Creemos que después de construido el sistema del Oeste, la red de los ferrocarriles nacionales queda completa y sólo harán falta ramales económicos para responder á las necesidades del tráfico local.

Esto quiere decir que estamos de todo punto en desacuerdo con las doctrinas sentadas al respecto por el Poder Legislativo, con motivo de la propuesta Pigurina, — tanto por la Cámara de Diputados, que halló inconveniente la trocha de 0.75 y la ensanchó á 0.80, como por la de Senadores, que exigió la trocha normal y ofreció una garantía que no pedía el solicitante. Después de leídos los informes de ambas Comisiones nos hemos ratificado más, si cabe, en que la mejor era la trocha de 0.75, sin garantía, que ofrecía el proponente, estableciendo ese tipo para todas las líneas económicas. La línea de 0.75 tiene á su favor, además de la importantísima razón económica, la sanción de la experiencia. Basta recordar las dos principales líneas de ese tipo que funcionan en Sud-América: la de Antofagasta á Oruro, con una extensión de 923 kilómetros y un tráfico enorme,—como que es la única salida de Bolivia al Océano, y es la vena por donde corre el inagotable río de plata de las minas de Huanchaca,—y la del OESTE DE MINAS, en el Brasil, que empezó en 1890 siendo de interés local, y fueron tales sus buenos servicios que el Gobierno de Río la declaró DE INTERÉS NACIONAL, y le dió garantías y privilegios de todo género para que se desenvolviese rápidamente con rumbo á Matto Grosso y extendiera un ramal á Goyas, empalmando á la vez con el GRAN CENTRAL que va al Janeiro.

Se vé, pues, que no ha podido existir ninguna razón seria, ni para encarecer la vía ensanchándola á 0.80, ni mucho menos para exigir la trocha de 1.40 ofreciendo garantía. Por eso todos los estudios serios que, como este del doctor García Acevedo con que honramos las columnas de LA CRUZADA, tiendan á hacer triunfar la fórmula económica, conveniente y reproductiva de la trocha angosta de 0.75, vienen en tiempo psicológico. Es ahora, cuando empezamos, que debe establecerse criterio al respecto, porque después de hecho el barro será tarde y se habrá hecho un flaco servicio al país.)

Consideraciones generales sobre los medios de mejorar la vialidad en la República — Conveniencia del establecimiento de ferrocarriles de trocha angosta.

Para todo el que se interese por la suerte actual y el porvenir de nuestra campaña, no es una novedad que gran parte de su atraso económico se debe á las dificultades que opone á la producción nacional el estado presente de nuestras vías de comunicación. Las tentativas de establecimiento de nuevas industrias en el interior de la República se estrellan ante una barrera que parece insalvable: la falta de comunicaciones fáciles y baratas.

Si esto es así, es obra de patriotismo mejorar el estado actual de las comunicaciones, y con ello la situación económica y hasta el servicio administrativo de los departamentos de campaña.

Ese problema no ha recibido en la República sino una solución parcial, con la construcción de muy contadas carreteras en las cercanías de Montevideo, con las mejoras en los malos pasos y otras obras imperfectas y de escasa duración en campaña, y con la construcción de una red de ferrocarriles garantidos por el Estado. Entretanto, gran parte de nuestros campos, — los que no participan de la vía férrea ni del camino carretero, — se encuentra hoy quizás en peores condiciones de vialidad que hace 50 años, por cuanto los alambrados han obligado á los vehículos de toda especie á pasar por una calle que, á fuerza de desgaste y del tráfico continuo, se hace pronto intransitable.

¿De que medios debemos valernos para mejorar este estado de cosas?

No puede pensarse seriamente, al menos por muchos años, en la construcción de carreteras en todos los caminos del interior. Aparte de que es ese un sistema dispendioso para el Estado, no puede aplicarse en países de déficit permanente en sus presupuestos, sin recurrir al empréstito ó á nuevos impuestos, lo que de cualquier manera disimularía la gratuidad de la vía. ¡Júzguese, además, lo que importaría obra de esa magnitud, cuando, según los cálculos hechos por la Junta de la Capital, el kilómetro de carretera costaría en Montevideo, — donde no hay necesidad de grandes puentes, ni movimientos costosos de tierra, — la suma de 15 á 16,000 \$! Esto sin contar con los gastos que necesariamente demandaría el mantenimiento y conservación de los caminos.

Estas dificultades hacen que se haya buscado por las Municipalidades de campaña el expediente de componer los malos pasos de las cañadas echando carradas de piedra, muchas veces sin orden ni eficacia, ó construyendo puentes de madera, que son arrastrados luego por las crecientes. Esas obras no evitan sino momentáneamente la dificultad: el arrastre natural de las aguas vuelve á hacer imposible el tránsito en invierno, y es

necesario en verano destinar de nuevo más recursos para restablecerlo. De aquí, pues, que las Juntas de los Departamentos estén perpetuamente componiendo los caminos, sin que éstos se mejoren en realidad por la manera imperfecta como se llevan á cabo las obras.

El sistema de alcantarillado económico que se ha propuesto para mejorar esta situación de cosas debe estar complementado con un plan financiero que confiera recursos á las Municipalidades, de manera de poder hacer frente á los gastos de construcción de las alcantarillas,—gastos éstos que necesariamente tendrán que ser subidos, no en razón del costo de cada obra, sino en atención al sinnúmero de éstas que tendrán que hacerse en cada camino.

El impuesto de rodados, de cuyo producido disponen actualmente las Juntas con destino á caminos, es de escaso rendimiento; no permitirá, por consiguiente, que se construyan por año sino un número muy reducido de alcantarillas, y pasarán años, antes que la campaña vea resuelto el problema.

Por otra parte, aún las alcantarillas construídas, el arrastre natural de las aguas puede descomponer los caminos en otros puntos y hacer necesarias nuevas obras para ponerlos transitables.

Con eso y todo, quedan por resolver los inconvenientes de los pasos en los ríos en donde,—á falta de puentes que quizá no podrían construirse por su excesivo costo,—habrá que recurrir á las balsas, que no se establecen sino á condición de poder disponer de dinero suficiente. Cualquier mejora se detiene ante esta respuesta: ¡no hay fondos!

Tampoco se ha resuelto el problema con la construcción de ferrocarriles como los que existen actualmente en la República ó los que se construyan en lo sucesivo de acuerdo con la ley de Agosto de 1884. Es cierto que en el trazado de las líneas y en su construcción se han consultado, en general, los principios económicos, las proyecciones futuras de nuestro engrandecimiento nacional, las necesidades de la estrategia y hasta las facilidades,—que por cierto han sido extremadas,—á darse á los contratistas que emprendieran las obras. Pero sea porque las vías han exigido capitales de gran consideración para su establecimiento,—capitales que deben buscar su interés y amortización en el producto del tráfico,—sea porque el Gobierno no ha intervenido nunca en materia de tarifas, dejándo á las empresas libradas á sí mismas un punto tan trascendental, (1) sea, en fin, por otras causas, el hecho es que, fuera de ciertos límites, no ha promovido el riel el progreso que de él se esperaba.

Es sabido que el *desideratum* en punto á comunicaciones es la baratura en el transporte. Pues bien: no

se alcanza ese objetivo con líneas férreas como las actuales en la República, que se ven forzadas á mantener tarifas altas por haber invertido capitales considerables,—de 15 á 20.000 pesos por kilómetro,—en su establecimiento. Los países de escasa población como el nuestro, y de industrias poco desarrolladas, no pueden pagar los fletes necesariamente altos de un ferrocarril de trocha ancha: necesitan vías férreas baratas, de poco costo, que, cobrando menos, puedan mostrar al industrial las ventajas económicas del planteamiento de sus industrias.

Reputo un principio inconcuso en esta materia, que los ferrocarriles deben adaptarse á las necesidades de su propio tráfico. Si éste es reducido, es necesario de todo punto que la línea fuera barata, al alcance de todos, de manera que pueda promover el fomento de la industria, y no se consigue tráfico barato sino á condición de que el capital muerto que se invierte en las construcciones ferroviarias sea reducido.

Creo excusado entrar en ulteriores demostraciones sobre éstos principios que ya hoy han llegado á vulgarizarse. Los dos elementos que constituyen todo precio de tarifa,—el peaje y el costo de tracción—se ven enormemente reducidos en las vías angostas, por cuanto no sólo el capital inmovilizado en la línea es infinitamente menor, sino que la tracción se hace en aquéllas en condiciones de mayor economía.

En efecto, en la construcción de una línea de trocha angosta hay economía: 1.º en los gastos de explotación, movimientos de tierra (desmontes, terraplenes, etc.) que á veces pueden evitarse en absoluto en virtud de la flexibilidad que tiene la vía estrecha; 2.º en los gastos de instalación de la vía (rieles, durmientes, etc.); 3.º en el costo de las obras de arte, que puede reducirse enormemente; y 4.º en el importe del material rodante, que es también mucho más económico.

Del punto de vista de la explotación resulta igualmente la economía, por concepto: 1.º de deterioros en la vía, más fáciles y baratos de componer; 2.º de gastos en el tren rodante, más económico; y 3.º de economía en los gastos de tracción, por cuanto los trenes de vía angosta transportan comparativamente mucho menos peso muerto, y se utiliza mejor, por consiguiente, la fuerza motriz. Un wagon de vía ancha transporta 1 $\frac{1}{2}$ ó 1 $\frac{3}{4}$ veces su peso, mientras uno de un metro de trocha es capaz de transportar 3 veces su peso.

En estas condiciones, y en vista de las dificultades enormes con que tendría que luchar el Estado si emprendiera por su cuenta la construcción de carreteras ó de obras durables que mejoraran las comunicaciones en campaña, creo que el establecimiento de vías de trocha angosta que, saliendo de las actuales estaciones de ferrocarriles, pusieran á estas en comunicación con los centros productores, sería la más fácil y la mejor de las soluciones.

Además de esas ventajas, podría hacer valer la de que esas vías llevarían á las líneas-troncos, hoy en explotación, un contingente enorme de tráfico, con lo que se vería favorecida la vía ancha, y por lo tanto el Estado, que es, al fin de cuentas, quien garante en la actualidad el producido de aquéllas.

Las líneas angostas encuentran rendimiento seguro en cualquier parte (sobre todo si su trazado se estudia científicamente), y no necesitará el Estado prometer garantías al otorgar concesiones de esta especie. La circunstancia indicada es digna de tenerse muy en cuenta en la situación actual del Tesoro público: el Estado no haría por su parte sino conceder á las em-

(1) Esta falta aparente del Gobierno no le es imputable y no puede subsistir como un cargo. No interviene el Gobierno porque no puede abrogar las leyes de concesión. Y la razón que ha impuesto estas leyes tampoco es imputable á los hombres, sino á los tiempos en que fueron dictadas. Se necesitaba capital á toda costa y había que ofrecerle enormes alicientes para atraerlo. El doctor Carlos Ramírez ha expresado extensa y verazmente estas ideas: «Casi todas las naciones, dice, que al mismo tiempo que nosotros necesitaban ferrocarriles se encontraban en mejor situación política y en mejor situación económica.—Claro está que el capital debía acudir á ellas de preferencia y que para conquistarlo necesitábamos nosotros ofrecerle extraordinarios alicientes.—Esta es la verdadera causa de los sacrificios enormes que nos cuestan nuestros ferrocarriles.—Gobiernos muy escrupulosos habrían podido disminuirlos en tal ó cual detalle, pero apremiados como ellos han sido por la condición ineludible de obtener vías férreas que cruzan todo el territorio nacional y ponen á San Eugenio y á Rivera en comunicación más rápida con Montevideo que la que hace diez años existía entre Montevideo y Minas ó Maldonado.—Si cuando se discutían aquellas concesiones de tan dudosas perspectivas, se hubiera pretendido hacer intervenir al Estado en las tarifas de las líneas así que su producto llegase á 8 % anual, no tendríamos hoy ni doscientos kilómetros de camino de fierro, y nuestros escrupulos y nuestras previsiones no habrían arrojado á otra cosa que á privarnos de un elemento de civilización tan favorable al desenvolvimiento de la riqueza, como al afianzamiento de la paz y al poder educador del gobierno central».

presas la facultad de expropiar, y las demas franquicias que se otorgan á las compañías ferrocarrileras, reservándose por el acta de concesión la facultad preciosa de revisar y aprobar las tarifas, de manera que no se convierta el ferrocarril en un mero espectador del progreso nacional, sino que sea su principal impulsor.

CARLOS GARCÍA ACEVEDO.

Montevideo, Marzo 29 de 1895.

EL SEPULCRO DE ORIBE

TEODICEA DEL PADRE-NUESTRO

« Por la señal de la santa cruz, de
nuestros enemigos libranos señor... »

Visitábamos, en la tranquila tarde de un buen domingo, el histórico pueblo de la Unión. Tomábamos el sol por aquellas largas calles silenciosas, exornadas de caras lindas en los balcones, cuando se le ocurrió á un compañero: “¿Vamos á ver la iglesia de la Unión?”

No nos pareció mal...

Subimos la escalinata de piedra, gris y áspera, de una aspereza hostil para los botines. Entrábamos recordando. En la media luz de las naves no se distinguía bien, llena la retina con la claridad de afuera. Ofamos un rezongo, como un rezo soñoliento. Después pudimos ir viendo: la iglesia estaba casi desierta; alguna que otra devota esfumaba su bulto encorvado en los bancos abrigados por el roce ferviente de los cuerpos. Sobre el altar mayor un gran sol dorado resplandecía, abierto como un ojo vigilante, rutilando sus rayos amarillos. Y allá en el medio de la nave central, un sacerdote viejo y gordo enseñaba doctrina á cosa de treinta chiquillos, arrastrando el análisis de un Padre Nuestro...

Esta nota de vida en aquel solemne silencio nos atraía, y por una de las naves laterales, para no turbar al sagrado catedrático, nos aproximamos, andando sin ruido. El sacerdote, que no nos había visto, rumiaba lentamente su explicación, tratando de incrustarla en la bocha de los catecúmenos que lo miraban con aire lelo, distraídos y soñolientos.

Pero en lo más apacible de su exposición nos distinguió el maestro, y como sin duda éramos auditorio insólito para sus pláticas, se enderezó austeramente, se le puso de punta la erudición teológica, y sobre la substancia del Verbo hizo una tirada trascendental á los chicos, que lo miraban de boca abierta, pasmados, sin agarrar ni un pelo de aquella sutil y peligrosa filosofía. “Fíjense bien en esto, que es grave, decía el buen padre ahuecando la voz y mirándonos de reojo: cuando decimos en el nombre del Padre, indicamos ya la unidad substancial de la persona divina, porque no decimos también en el nombre del hijo y del espíritu santo; de manera hijos míos, que esto está claro: *el nombre* es el misterio; en el nombre del padre está encerrado el símbolo de la divina substancia, trina y una...”

Nos retiramos discretamente para no forzar la teología del buen padre. Y nos echamos á buscar el sepulcro de Oribe. No dábamos con él.

Por fin, al llegar á la puerta, nos dirigimos á una anciana, de aire señorial y altivo todavía, á pesar del

fardo de los inviernos. Iba á tomar agua bendita cuando la interrogamos cortésmente:

— ¿Querría decirnos, señora, donde es el sepulcro del general Oribe?

La viejita había mojado el dedo; aguantándolo tieso y goteando nos miró, como vacilando un poco, y luego, obsequiosamente:

— Allá señores, al lado de aquel altar está el sepulcro del General...

Dijo y se persignó, perdiéndose después en la penumbra...

Y no se habrá fijado sin duda la venerable viejita en lo curioso que resultaba verla persignarse después de haber nombrado al General... “Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos libranos señor”....

SUETOS DE LA REDACCION

LO ÚTIL Y LO BONITO

NUESTROS PENSIONADOS

Con patriótico agrado hemos visto estos días en la prensa, la noticia de que los jóvenes oficiales orientales Enciso, Pintos y Lagarmilla, aventajados estudiantes de nuestra Academia Militar que hace algún tiempo fueron enviados á completar sus estudios en Europa, han prestado sus exámenes generales de fin de carrera haciendo honor á nuestro país por la sólida brillantez de las pruebas rendidas.

Siempre hemos creído de alta conveniencia el envío de estudiantes militares distinguidos á conocer en los países adelantados del viejo mundo, otros horizontes científicos, otras prácticas, otros medios, otros sistemas de organización militar, á ver de cerca, y en su vida habitual, los ejércitos de más avanzadas doctrinas tácticas, á presenciar las grandes maniobras de conjunto, cuya descripción escrita no da de ellas más que una remota idea. Y con más razón creemos utilísimo el envío de esos elementos entusiastas y preparados á concluir allá carreras técnicas, tendiendo desde ahora á la especialización, que produce las verdaderas competencias.

Desgraciadamente, hemos perdido bastante tiempo antes de entrar por tan útiles prácticas. Y aun hay cierta tendencia que les es refractaria, — lo que no le ha ocurrido en largos años á otro género de estudios. Frecuentísimo ha sido y ya es crónico, ver como se ha venido pensionando á precoces Rafaeles ó á presuntos Paganinis, y aun creemos que á algún feliz aficionado al canto, que no hallaba bastante modelo en la calandria de las tunas y en el boyero de los montes. Allá han ido, con harta frecuencia, á las cunas del arte, á seguir el de sus pintorescas vocaciones, cuyo fruto, si es que lo dan, puede sin duda hacer honor al país en la Academia, ó en el Conservatorio; pero, en suma, solo habrá hecho la nación una carrera particular, el beneficio de un individuo, sin más que un resultado reflejo y platónico para la colectividad social.

No es herejía artística esta de comentar echando á mala parte las pensiones para formar artistas. Es no dejarse llevar por los arrebatos líricos tan propios de nuestra idiosincrasia y tan naturales tratándose de materias de por sí fuertemente líricas.

La protección al arte es una manifestación digna de gobiernos ilustrados y de pueblos cultos. Convenido. Pero

distingamos en el procedimiento. Para proteger al arte institúyase, si hay con que, una Escuela de Pintura y de Música, una Academia de Bellas Artes en cuyo fomento y brillo se ejerza el cuidado oficial. Hay ya pintores y músicos orientales que poseen las artes del color y del pentágono en grado suficiente para dirigir, aunque solo fuesen clases de aplicación, en una Escuela General de Bellas Artes, que podría comprender Música, Canto, Pintura, Escultura, etc., hasta declamación. Así se comprendería la protección al arte y se haría eficaz, sin sacrificios de mayor cuantía, con gastos de una vez para una educación artística nacional, fecunda, de beneficios colectivos, permanentes.—Mientras que la pensión, concedida con frecuencia con un criterio muy relativo de equidad artística, solo sirve para ayudar a un particular sin resultados que equilibren ni remotamente la erogación causada al fondo público. El alumno, si no se malogra y no resulta una mediocridad, como suele, se dedica naturalmente a sacar todo el jugo posible a su carrera, y si no le va bien aquí se traslada a otra parte. Es un hijo que el país cría con un mimo injusto, pues no esperando de él nada extraordinario ni especial, todos pueden alegar derechos a iguales regalías.

No hay para qué concretar ejemplos. Basta sentar y atestar la tesis. Cuando tuviésemos Escuela de Bellas Artes las pensiones serían premio al mérito y al talento, pero saliente, genuino, veraz, oficialmente observado en las manifestaciones de su desenvolvimiento. Se enviaría a los sobresalientes entonces para que a su vuelta trajesen nuevo elemento de mejora a la Escuela pública, dando así ya una retribución positiva de servicios por el apoyo social.

Entre tanto, bueno es que busquemos lo que es práctico.

Lo práctico es enviar a perfeccionar su carrera a los que forman ya parte de una institución que, como la militar, puede recibir de un cerebro bien nutrido inmediatos beneficios.

Así lo han comprendido los Gobiernos que han resuelto en ese sentido iniciativas personales de los interesados ó las han tomado, como el Gobierno actual, para enviar varios oficiales distinguidos a completar en Europa sus estudios. Tenemos mediante esto a la fecha, estudiantes orientales en la Escuela de Ingeniería Naval de Liorna, en la Escuela Superior de Guerra de Madrid, en la de Caballería, de Valladolid, y en Escuelas de Artillería e Ingeniería Militar italianas.

Podría también agregarse, en abono de los estudiantes militares que se envían a Europa, una razón valiosísima, y es la de la economía, notable, como que apenas pasará del costo del pasaje. Los oficiales del Colegio ó del Ejército que se mandan llevar el sueldo de su clase, que de todos modos hay que pagarles aquí y el cual basta allá para su decoroso mantenimiento.

La categoría de attaché militar en nuestras legaciones sería también muy útil para esos estudiantes, porque les serviría de presentación y les abriría las puertas. Con ella y nada más que su sueldo, pueden enviarse representantes a las maniobras de Otoño, obligados a dar cuenta por escrito de su misión. No hay más trabajo que el de elegir bien. Los resultados tienen que ser buenos, y el medio, como se vé, no puede resultar más económico.

A los attachés que fuesen con carácter de estudiantes se les impondría también el compromiso de enviar una Memoria trimestral dando cuenta documentada de sus estudios, de las observaciones personales que hiciera sobre el ejército del país en que estudian y de todo aquello que en organización, en táctica, adminis-

tración ó armamento pudiese ser de útil conocimiento para nuestro ejército.

Suponemos que queda evidenciada la conveniencia de enviar pensionados militares y la economía que representan sobre el pensionado civil.

Y sobre todo, corresponde hacerlo antes. Seamos lógicos; empecemos por el primero; empecemos por hacer un ejército en consonancia con el estado social y político del país y de las naciones que nos rodean, que luego continuaremos la obra de civilidad protegiendo artistas en forma eficaz y de resultados generales. No queramos hacer el follaje de las cornisas cuando los cimientos fundamentales de la paz y el orden nacional están en elaboración todavía.

EL ATENEO DEL SALTO

Este importante Centro, verdadero foco de intelectualidad, que por su prestigio y su arraigo hace alto honor a la ciudad del Salto que lo ha instalado en casa propia con amplitud y lujo artístico y lo sostiene vigorosamente con su apoyo constante, celebrará con una hermosa fiesta social el aniversario patrio del 25.

El Director de LA CRUZADA, que tiene especiales motivos para amar al Ateneo del Salto, fué invitado para tomar parte en tan simpática solemnidad, é impedido a su pesar de aceptar el honor que se le confería, contestó excusándose con la nota que publicamos en seguida.

Cuenta el Salto con una intelectualidad verdaderamente florida y son de alto aprecio por su distinción los elementos artísticos que para fiestas de esta naturaleza proporciona su sociedad, perfectamente culta. Así es que la velada del 25 será digna sin duda de su levantado y patriótico objeto.

Señor doctor don Eduardo Martínez García, Presidente del Ateneo del Salto.

Señor: Recibí oportunamente su honrosa comunicación, invitándome a llenar un turno en la Velada patriótica que el Ateneo del Salto, para mí siempre bien recordado, celebrará el 25 del mes actual.

He retardado hasta ahora la contestación, porque anhelaba de todo corazón poder decirle sencillamente que iba a cumplir ese deber, — un deber que es para mí a la vez de civismo y de reconocimiento. El llamado del Ateneo del Salto tiene para mi espíritu los mayores prestigios, y el motivo de la velada no podría parecerme más sugestivo y grato.

Desgraciadamente para mí, no puedo responder conforme a su invitación y a mis vehementes deseos. Me lo impiden compromisos que no puedo excusar ni diferir y que coinciden precisamente con la fecha en que celebra su fiesta el patriotismo salteño.

La esperanza de que dichos deberes hubieran podido adelantarse ó soportar un aplazamiento, me aconsejaron la demora en contestar a usted. Pero no podría prolongarla sin aparente descortesía, y llevo a su conocimiento mi excusación, con verdadero pesar, por que soy el único que pierde al no poder aceptar el honor que se me dispensa, — al tener que renunciar a oportunidad tan bella y señalada de hablar de glorias grandes y puras, de las nobles altiveces, de los triunfos, del alto desinterés, de las bravías virtudes republicanas que llenaban los fuertes pechos y movían la acción incontestable de nuestros libertadores; y hablar de todo esto que acelera las palpitaciones del corazón y temple la confianza

en los destinos de la República, hablar de tan grandes cosas, bajo la bandera del Ateneo del Salto, á cuya fundación me enorgullezco de haber consagrado mis modestas energías sin mezquindad y sin dudas, y ante un pueblo de valientes tradiciones, donde la sencillez y la generosa probidad antigua conservan su benigno patriarcado, y en cuyo seno amigo, desde muy niño, huérfano de la suerte, empecé á luchar por la vida y aprendí á ser hombre.

Si por mi cariño al Salto y al Ateneo, ya que no por méritos que no poseo, llego á merecer algún día una nueva invitación, conste que quedo desde ya obligado y cumpliré con ella, pues contraigo desde ahora el compromiso á fin de que ningún otro pueda tener prelación sobre él.

Quiera usted, señor Presidente, aceptar los votos que formulo por el progreso creciente del Ateneo, y por la felicidad personal de los miembros de su digna Junta Directiva. — MANUEL BERNÁRDEZ.

EN HONOR DEL HUESPED REAL

De inequívoca simpatía por el noble país italiano han sido las demostraciones hechas al joven y simpático vástago de la histórica casa de Saboya.

Entre todas, por su brillantez y significación, ha desollado el banquete que fué ofrecido al Príncipe por el Sr. Presidente de la República en el Palacio de Gobierno.

La discreción, la cultura, la forma irrefragablemente correcta, la elegancia seria y el gusto más exquisito dieron prominente relieve á aquel acto simpático, lleno de distinción y dignidad. La civilización de nuestro pueblo pudo sentirse complacida de tan brillante exteriorización oficial, noblemente reconocida y aplaudida sin reserva por la prensa culta.

Ha sido un acto oportuno y plausible por parte del Jefe del Estado—ya por la importancia moral de estas afectuosas cortesías internacionales, ya por la bella oportunidad que ellas ofrecen para llevar á los países europeos noticias veraces y honrosas de nuestra sociabilidad, tan generalmente desconocida.

LA PRENSA DE CAMPAÑA

Deliberadamente, á fin de que no se pensase en un prurito vanidoso y glotón que está lejos de nuestro paladar literario, omitimos desde la aparición de LA CRUZADA transcribir en detalle los plácemes y saludos que es costumbre aceptada reproducir en las publicaciones nuevas. Por otra parte, nos lo imponía el espacio—pues eran tan copiosas las saluciones, y algunas tan afectuosamente detenidas, que nos hubieran exigido tal vez más de un número especial para insertarlas todas.

Acaso se creyó esto descortesía, y no estamos seguros de haber optado por lo más conveniente al callar tan elocuentes bienvenidas. Pero no. La prensa nacional, donde la buena fé es artículo de uso, y muy especialmente la del interior, se hizo cargo sin duda de nuestras razones, y tan se lo hizo que, lejos de sentirse, ha rodeado á LA CRUZADA de tan nobles simpatías que para siempre con ella nos vinculan y obligan. Las transcripciones afectuosas y preferentes que constantemente hacen de nuestros artículos casi todos los diarios de los departamentos, dan prestigio y alas potentes á nuestra propaganda. Diarios de veterana foja cívica, de todos los credos políticos, no pocos de ellos con-

trarios á la situación gubernamental que nosotros sostenemos con franca convicción, todos se encuentran con nosotros y apoyan y reproducen nuestros trabajos cuando de los intereses nacionales se trata—por que hay un terreno en que nos hallamos bien unos y otros, en que podemos marchar juntos sin escrúpulo—el terreno del patriotismo bien entendido y sensato, tolerante con todas las pasiones, campeón desinteresado de todas las ideas buenas, con superioridad bastante para aplaudir y alentar á todo aquel que sirva, aunque sea desde el puesto más humilde, los intereses permanentes de la nacionalidad, sea cual sea su color político.

Nosotros somos partidarios de una pieza,—tradicionalistas, sin distingos. De nuestro partido lo aceptamos todo—sus glorias y sus desgracias—sus errores y sus aciertos—por que es el grandioso conjunto de su historia—gigantesca y purificadora tormenta—lo que le da fisonomía y lo que origina su fuerza. Pero abominamos las intransigencias partidarias como á frutos de barbarie que la civilización política debe arrancar y echar por tierra.

Por eso agradecemos vivamente la ayuda y el estímulo de los nobles adversarios que así piensan también, sobre todo en la prensa de campaña, y nos sentimos orgullosos al ver que nuestras humildes ideas, rudamente expresadas, son tenidas en cuenta y repetidas al pueblo por los colegas de buena voluntad.

En adelante, como para hacer un índice de aquellos trabajos nuestros que hayan merecido la sanción de la prensa, mencionaremos á los diarios que trascriban nuestros artículos—sin perjuicio de retribuir sus desinteresadas ayudas á la prensa de campaña dedicándole en breve un estudio que bien merece por su cultura y por los servicios que presta al progreso nacional.

EL DERECHO AMERICANO

Es una buena nueva para el Derecho de Gentes el reconocimiento de la soberanía brasilera sobre la isla Trinidad, hecho noblemente por Inglaterra, según telegramas recientes.

Hay que hacer resaltar este bello triunfo de la razón immanente sobre las tendencias de absorción que tan á menudo marean á las naciones poderosas.

Nosotros más que nadie debemos magnificar este hecho de importancia universal, pero sobre todo de importancia sud-americana.

Nosotros, los ciudadanos de naciones pequeñas, cuya primera defensa es el Derecho natural, que debe ser reforzado continuamente con los contrafuertes del precedente, para que llegue á ser, como será sin duda, una insalvable muralla, más alta é indestructible que todos los sistemas de defensa material; para que llegue á consagrarse de tal manera el Derecho natural, que su menor desconocimiento merezca la inmediata y áspera reprobación de todo el orbe civilizado.

Y aún hay otra razón para que los orientales hagan notar bien, hagan resaltar bien la trascendencia de este triunfo del Derecho del pueblo brasilero: y es que tenemos con él un litigio que por el Derecho debe ser resuelto, que en la equidad ecúmene é imparcial reposa salientemente, á pesar de la letra de Tratados que la desgracia impuso y que no pueden sustentarse sin desdoro de la buena fe y la fraternidad creciente que tiende á inspirar en absoluto las relaciones de los pueblos.

Felicitemos de todo corazón al pueblo brasilero por el triunfo de su Derecho que es un argumento nobilísimo en apoyo del nuestro.